

SOBRE EL HORIZONTE DE LA HISTORIA

Por PABLO MARTINEZ DEL RIO

El año de 1931, así como el de 1930, ha sido verdaderamente fructífero en descubrimientos de importancia para todos los que se dedican a los estudios históricos; además, durante el mismo lapso de tiempo se han venido publicando, especialmente en revistas y anuarios, los resultados de los trabajos llevados a cabo por investigadores de todo género, en fechas algo anteriores, pero todavía relativamente recientes: aparte de esta información más bien objetiva, se han dado también a la luz importantes estudios en el orden meramente especulativo.

Atento a ese concepto integral de su misión que el curso de la investigación científica viene imponiéndole cada vez más, aquel que se consagra a la historia vea hoy más que nunca obligado a aventurarse, aunque sea conteniendo la respiración, dentro de cercados sobre los cuales sus derechos jamás han llegado a quedar muy claramente definidos. Pero el hecho es que cualquiera que pretenda interesarse por la vida de los hombres en épocas pasadas no puede desatenderse de las enseñanzas de los arqueólogos, de los antropólogos, de los etnólogos y de los lingüistas; y surge la extraña situación que, mientras por un lado se estrecha cada día más el círculo de la especialización dentro del cual las tendencias modernas tratan de circunscribirlo, mayores, por otra parte, resultan los conocimientos generales que de él se exigen.

Quien dude de esta aseveración no

tiene más que recurrir a cualquiera de las obras más importantes que se han publicado en estos últimos dos años. Citaremos, por ejemplo, ese trabajo de enciclopédica erudición "Who are the Greeks?", del profesor Myers. El autor, al abordar un problema que por cierto constituye uno de los temas más seductores que pueden hallarse en todo el campo de la historia, ha intentado con éxito estudiar el asunto desde todos los puntos de vista posibles e imaginables, con el resultado que su obra viene a descomponerse en una serie de monografías de las cuales una podría haber sido escrita por un filólogo, otra por un arqueólogo, y así demás. Pero pocos son los que se encuentran realmente capacitados para una empresa de esa índole, y entre tanto la situación señalada, lejos de resolverse, se agrava cada día en forma palpable, sin que pueda hallársele ninguna solución.

Los adelantos modernos han influido en grado difícil de exagerar sobre los trabajos de investigación histórica, a veces en formas que ciertamente nunca hubiesen soñado sus descubridores respectivos. En Siria, lo mismo que en Inglaterra—para citar sólo dos casos—el aeroplano, puesto al servicio de la arqueología, ha permitido que se hagan descubrimientos interesantísimos, localizándose carreteras y trabajos de terracería de épocas ya muy lejanas y acerca de cuya existencia no se tenía ni siquiera una sospecha. El automóvil, por su parte, ha facilitado el estudio, en los desiertos de Africa, de

grandes ciudades de la época romana que hubieron de abandonarse hace ya muchas centurias debido a la creciente sequedad de esa región y que desde esa fecha yacían inaccesibles e ignoradas, mudos testigos de una prosperidad que definitivamente las abandonó.

Lo que decíamos acerca de la amplitud y la extensión de los conocimientos que ahora se requieren de aquellos que se consagran a la historia y a las ciencias en general, se aplica como a todos al arqueólogo y al prehistoriador. Ellos son, en cambio, los que logran muchas de las mejores cosechas. Pero sería injusto negarles el fruto de su labor; una labor en que abundan fracasos de los cuales no llegamos generalmente a saber nada, y desarrollada a veces en condiciones que minan la salud y hasta ponen en peligro la existencia.

Insistamos, por lo tanto, que si ahora se perfilan ante nuestros ojos con contornos de certeza civilizaciones y culturas antes casi totalmente desconocidas, ello se debe sobre todo a esa benemérita labor. Felicitémonos, además, de que, a pesar de los males que afligen al mundo, sea esta, además, una forma de actividad que hasta ahora no parece haber tendido a reducirse o a disminuir. No se trata sólo de nuestro país—ejemplar en ese sentido—, sino de casi todas las naciones del mundo entero. Baste citar, con grave riesgo de incurrir en serias omisiones, las exploraciones y excavaciones practicadas en China y en la India, en la Mesopotamia, en Siria y a orillas del Nilo. Creta, Chipre, Corinto y el "ágora" de Atenas, han seguido entregando sus secretos, y lo mismo podría decirse del resto de Europa, debiendo otorgarse a la administración italiana un tributo muy especial con ese motivo.

Sólo por vía de información escojamos, casi al azar, algunos temas recientes:

EL SINANTROPO

Aunque el asunto es en realidad de la competencia de los antropólogos

y de los prehistoriadores, los descubrimientos relacionados con el ya famoso "sinantropo", u "hombre de China", son de tal naturaleza importantes que merecen aunque sea una breve mención. Junto con el "pithecantropo" u "hombre mono", de Dubois, y el "eoantropo" u "hombre de la aurora", de Dawson, el "sinantropo" ocupa ya un puesto muy especial en todo lo que atañe a la evolución humana.

Ante todo recordemos unas cuantas fechas. Los hallazgos de Dubois, o sean parte de un cráneo, dos dientes y un fémur, se llevaron a cabo en Trinil, isla de Java, desde 1891, y comenzaron a suscitar las más vivas polémicas tres años más tarde. Unos cuantos años después llegó a poder de un sabio alemán, Schlosser, un molar fósil com-

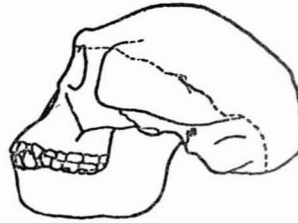


FIG. 1--PITHECANTROPHUS

prado por un colega a un boticario de Pekín, entre otros llamados "restos de dragón". En 1903 Schlosser hizo a este propósito una serie de atinadísimas predicciones que el tiempo en parte ha venido a confirmar; pero a eso se redujeron, por el momento, los estudios relacionados con el "sinantropo". Nueve años más adelante sobrevino el hallazgo del "eoantropo", en Piltdown, Inglaterra, seguido por otros descubrimientos llevados a cabo en ese sitio por el mismo investigador, Dawson, con la colaboración del doctor Smith Woodward. Pero no fue hasta 1921 que se comenzó a acometer el estudio de los restos de Chou Kou Tien, al principio en forma meramente casual.

Posteriormente ya pudieron llevarse

a cabo las exploraciones con el desahogo necesario, primero por el doctor Zdansky y después por otros investigadores. De los descubrimientos practicados en 1927, el doctor Da-

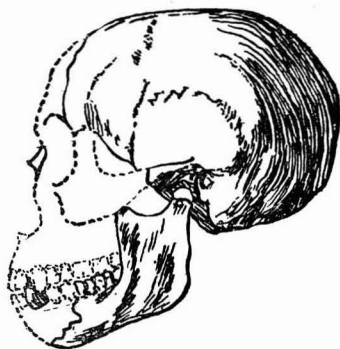


FIG. II -- EOANTHROPUS

vidson Black pudo anunciar con firmeza que se trataba de una nueva especie de la familia humana, y el doctor Young y el padre Chardin, a su vez, comprobaron que los fósiles no podían corresponder más que a los primeros tiempos del Pleistoceno. Nótese sin embargo que el primer cráneo casi completo no llegó a descubrirse hasta diciembre de 1929, aunque ya antes se habían hallado diversos fragmentos.¹

La noticia no tardó en propagarse por el mundo entero. Como escribe el conocido experto Elliot Smith, el cráneo "disipó los principales elemen-

¹ Una breve nota sobre el sinantropo apareció en esta revista, T. I., pág. 357. Cf. igualmente, Elliot Smith, *Discovery of Primitive Man in China*, en *Antiquity*, marzo de 1931, pág. 21. Los últimos descubrimientos apenas si comienzan a ser publicados, aunque un pequeño informe ya apareció en un diario de esta capital. Cf. también el artículo del mismo doctor Elliot Smith en el *Times*, diciembre 17 de 1931. Los croquis se han hecho de acuerdo con los originales respectivos en *Antiquity*, *Organic Evolution*, del profesor R. S. Lull, y *A Text-book of Geology*, de Pirsson y Schuchert. Al escribir esta nota meramente informativa carezco de datos muy importantes, como lo son la capacidad del cráneo, etc. Nótese sin embargo el espesor del mismo. En el proceso de fosilización el interior se vio invadido por materia calcárea.

tos de duda y la incertidumbre respecto a los otros géneros primitivos de la familia humana, o sea el "pitecantropo" y el "eoantropo", suscitando, por lo tanto, enorme interés entre los antropólogos... Sea o no sea el hombre de Pekín más antiguo que los fósiles encontrados en Java y en Sussex (Inglaterra), no hay duda que representa un tipo más primitivo. Sus características se hallan más generalizadas,

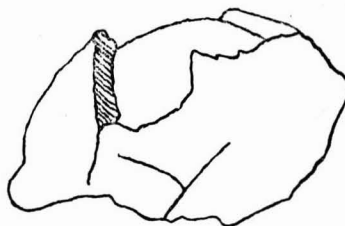


FIG. III -- SINANTHROPUS

algunas de ellas recordando la ascendencia simiesca del hombre, y otras anticipando, en forma extraña, las calidades que hasta hoy se consideraban propias al "homo sapiens". En otros términos, el "sinantropo" nos permite imaginarnos las características de los primeros miembros de la familia humana, desde el momento que nos revela un tipo que, aunque humano, resulta con notables semejanzas con el mono y se halla evidentemente cerca de la línea de ascendencia directa del hombre moderno".

La importancia de los últimos descubrimientos relacionados con el "sinantropo" radica en que ha quedado comprobado en forma irrefutable que él y los suyos alcanzaron un grado de cultura que jamás se hubiese sospechado en seres que, a pesar de todo, resultan anatómicamente aún bien alejados del hombre de hoy en día. Como indica el profesor Elliot Smith, ya desde hace tiempo se había hallado un pedazo de cuarzo cuya presencia en el mismo stratum fosilífero que los restos humanos resultaba difícil de explicar, pero otros descubrimientos practicados en 1931 y materia de la

comunicación dirigida por el señor Pei a la Sociedad Geológica de China, ya no dejan lugar a duda. Los hallazgos y deducciones del señor Pei han sido confirmados por diversos antropólogos de autoridad plenamente reconocida, entre ellos el abate Breuil.

Queda, por lo tanto, irrefutablemente establecido, ya que lo atestiguan más de dos mil piezas de cuarzo halladas hasta la fecha, que el "sinantropo" entendió de la fabricación de útiles: punzones, raspaderas y demás. El material es malo; los útiles, sin embargo, están bien labrados. A pesar de cierta semejanza con el musteriano, deben, no obstante, clasificarse como prechelenses. De los huesos de animales descubiertos se deduce que el "sinantropo" gustaba mucho del tuétano, toda vez que muchos de ellos se hallan partidos a fin de permitir su extracción. Breuil también alega que se sirvió de los cráneos como de recipientes para beber. Déjase también completamente establecido que este cazador primitivo (que entre sus víctimas contaba animales veloces, como el ciervo) hizo uso constante del fuego.

Dadas las características anatómicas del "sinantropo", todo ello no deja de resultar, como se ha dicho, en alto extremo interesante. En resumen, y para citar una vez más al doctor Elliot Smith, "ya no se puede conceptuar al "sinantropo" ni al "pitecantropo" como tipos sub-humanos. . . El hecho que haya sabido convertir pedazos de cuarzo en útiles demuestra la habilidad de sus manos, de la misma manera que la circunstancia de que supiese valerse del fuego nos revela su inteligencia y su facultad de iniciativa".

LA CUNA DE LA CIVILIZACION

Ya no son solamente Egipto y Sumeria que se adjudican el honor de haber sido la cuna de la civilización. De hoy en adelante los libros de historia habrán de consagrar, entre sus primeros capítulos, uno por lo menos a los extraordinarios fenómenos culturales que se manifestaron en el valle

del Indo desde el cuarto milenio antes de Cristo. (3350-2750 a. J. C.)

La civilización del Indo, cuya trascendencia venía vislumbrándose desde hace varios años, hasta ahora comienza a ser conocida debidamente. Un importante libro dedicado a las excavaciones practicadas en Mohenjo-daro por el Servicio de Arqueología de la India nos la revela en forma amplia en su alcance a la vez que minuciosa en el detalle. El libro desgraciadamente aun no llega a nuestras manos, pero un excelente *compte rendu* de Sir Arthur Keith,¹ nos proporciona cierta visión de conjunto de la cual se pueden además sacar multitud de datos interesantes.

Mohenjo-daro yace a unas doscientas millas de la desembocadura del Indo, y han venido ocultando sus restos cerca de diez metros de aluvión depositado por el río. La importancia que debió haber tenido la ciudad en otros tiempos puede calcularse si se toma en cuenta que las ruinas cubren una superficie de cien hectáreas. Pero no se trata de un brote aislado: aparte de Mohenjo-daro se han descubierto numerosos sitios arqueológicos correspondientes a la misma cultura y que se extienden desde el mar hasta los contrafuertes del Himalaya.

Las excavaciones, llevadas a cabo por un verdadero ejército de operarios, no sólo han permitido que se exhumen, como en Pompeya y en Herculano, manzanas enteras de la antigua ciudad, sino que aquí también han podido sacarse a la luz un sin fin de objetos de todas clases—entre ellos más de mil sellos cilíndricos—mediante los cuales nos resulta ahora posible hacernos una idea bastante aproximada acerca de la vida que llevaban los habitantes del valle del Indo entre la trigésimacuarta

¹ En el *Illustrated London News*, diciembre 19 de 1931. Dicho artículo se halla ilustrado con numerosas fotografías, algunas de las cuales nos han servido para los croquis que presentamos y que son obra del profesor Valerio Prieto. El *London News*, este año, como los anteriores, se ha venido señalando por la excelencia de su información gráfica con relación a los últimos descubrimientos arqueológicos.

y la vigésimoctava centuria antes de nuestra era. Además, aunque no se han encontrado tumbas ni cementerios, por lo menos se ha realizado un interesante hallazgo de restos humanos.

Que los vecinos de Mohenjo-daro habían alcanzado un alto nivel de cultura, no cabría discutirse. Desde luego, eran verdaderos maestros en cuestiones de urbanización: a lo largo de las principales arterias corrían caños cubiertos para el drenaje de las casas adyacentes, y como con justicia advierte Keith, el hecho de que estas calles se conservasen rectas en una ciudad donde se construía y reconstruía continuamente, revela que debe haber existido una rígida administración municipal capaz de hacerse respetar. Las calles son como de diez metros de ancho. Un suntuoso balneario, provisto de una amplia piscina abierta en el centro de un hermoso patio, se utilizaba sin duda alguna para lustraciones de carácter religioso.

Las casas particulares también se caracterizaban por su amplitud y consistían de una serie de estancias colocadas en torno de un patio central o aun, en muchos casos, de varios patios. Cada casa tenía su propio pozo, sus cuartos de recepción, sus aposentos destinados a albergar a los huéspedes, su cocina, piezas para la servidumbre, escaleras para las habitaciones altas y un excelente sistema sanitario.



FIG. 1-- MOHENJO-DARO: SELLO

Desgraciadamente, la civilización de Mohenjo-daro no nos ha dejado, como la de Mesopotamia, una documentación escrita que nos proporcione in-

formes concretos sobre los hechos más salientes de su historia. Ignoramos los nombres de sus reyes, si los tuvieron, y aun desconocemos cuál fue la organización política y social de sus habitantes. Los sellos no han podido aún descifrarse: algunos de ellos son verdaderas obras de arte, como, por



FIG. 2-- MOHENJO-DARO: SELLO

ejemplo, aquellos que nos muestran magníficos ejemplares de ese ganado zebú que hasta hoy abunda en la India, y de otros animales, pero los signos no han revelado sus secretos.

También en el arte de la escultura los habitantes de Mohenjo-daro se mostraron artistas consumados. Entre otros fragmentos se han descubierto torsos casi dignos de un escultor helénico del siglo V; a juzgar por las reproducciones que hemos visto, animó al artista hindú un espíritu naturalista que lo aparta completamente de sus colegas de Mesopotamia y de Egipto.

A pesar de esta última circunstancia las ligas entre Sumeria y el Indo, ya presentidas desde hace tiempo, parecen quedar cada vez más firmemente comprobadas, a tal grado que puede considerarse ya fuera de toda discusión que la civilización de Caldea y la de Mohenjo-daro fueron, en cierto modo, civilizaciones hermanas. Sumeria y el Indo yacen a más de dos mil kilómetros de distancia, separados entre sí por toda la planicie del Iran; y es en esta región donde habría, según algunos, que buscar los antecedentes comunes de ambas culturas. Pero lo cierto

es que todo acusa ese parentesco: ¹ los planos de las casas, los sellos, aun ciertos indicios de sacrificios humanos practicados, según parece, en forma muy parecida en Ur de los Caldeos y en Mohenjo-daro. ²

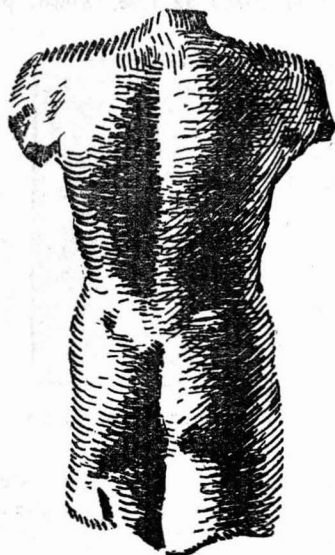


FIG. III -- MOHENJO-DARO: TORSO

Por otra parte, y en palabras del director de las excavaciones, debe tenerse presente que "una civilización tan difundida como lo fue la calcolítica (que incluye la del Indo), con ramificaciones extendiéndose por el poniente hasta Tesalia y al sur de Italia y hacia el oriente quizá hasta Honan y Chihli, en China, no pudo haber sido completamente homogénea. Los pueblos que participaron de ella fueron de varias razas, hablaron idiomas diferentes, escribieron con caracteres distintos, adoraron dioses diversos y de otras muchas maneras mostraron mentalidades diferentes... Pero entre ellos

¹ Para la comprobación de las relaciones culturales entre Sumeria y el Valle del Indo, véase el artículo *Sind, Sumer and elsewhere*, por Mackay, en *Antiquity*, diciembre de 1931.

² cf. Woolley, *Ur of the Chaldees*, Londres, 1929, y *The Sumerians*, Oxford, s. f. Los informes sobre las excavaciones en Ur se encontrarán en diversos números del *Antiquaries Journal*.

existía una unidad fundamental de ideas que con dificultad puede explicarse por un mero intercambio comercial". No hay duda que, según dice Keith, "debemos buscar los orígenes de la civilización en un período más remoto de lo que se ha pensado hasta ahora".

EL DIFUSIONISMO

Las relaciones entre Sumeria y el valle del Indo nos traen inmediatamente a la memoria una cuestión que hoy más que nunca viene suscitando todo género de discusiones; y nadie, especialmente si tuvo la suerte de recibir ese poderoso estímulo que fueron durante dos años consecutivos las brillantes conferencias dadas por el doctor Paul Rivet en el Anfiteatro de la Preparatoria, podrá negar la importancia y el interés del asunto que se dirime.

Trátase del difusionismo. ¿Qué—se preguntará—es el difusionismo?

Desgraciadamente, en toda esta cuestión existe una carencia tan absoluta de definiciones exactas, una divergencia de criterio tan notable entre la mayor parte de los que en ella intervienen, que sería seguramente imposible dar una contestación categórica que dejase a todos satisfechos. En términos generales, sin embargo, puede decirse que, más que otra cosa, el difusionismo es una tendencia: una tendencia a retrotraer todas las manifestaciones culturales que ahora hallaríamos diseminadas por el mundo entero a un número muy limitado de puntos de origen, quizá a un solo punto de origen; que hubo, en otras palabras, una especie de foco de irradiación cultural, y que desde ese foco las ideas, usos y costumbres de que hoy comparten todos los pueblos del globo, llevados por diversos grupos humanos en el curso de sus migraciones, o transmitidos por ellos a otros grupos con quienes entraron en contacto a causa de operaciones comerciales o por cualquier otro motivo, llegaron a extenderse sobre la superficie del planeta hasta abarcar la humanidad entera. Como corolario de lo anterior existiría, según ellos,

un estrecho parentesco entre todas las civilizaciones conocidas, y los templos de Angkor y los de Chichen Itzá, las pirámides de Egipto y las de Teotihuacán no resultarían, se puede decir, más que frutos de un solo árbol.

El doctor Rivet no se halla sólo en la demanda. Al contrario, militan a su lado en una forma u otra muchos de los más eminentes entre los antropólogos de hoy en día, entre ellos el doctor Elliot Smith, a quien se adjudicó, entre otros, el honroso cargo de primer ponente en una interesante controversia suscitada no hace muchos años alrededor de este problema tan interesante.¹ En general podría decirse que el difusionismo es un producto más bien europeo; y contra sus campeones, a quienes tildan de románticos y de ilusos, yérguese de este lado del océano una potente falange de investigadores admirablemente capacitados para repeler los ataques de sus contrarios, y resueltos a defender la ciudadela a todo trance. Aunque no todos los combatientes han llegado a ponerse de acuerdo entre ellos, ya la batalla, en sí, ha llegado a adquirir una forma bien definida, y como se ha dicho, la lucha se desarrolla, en una de sus fases más importantes, alrededor de nuestro continente americano.

Desde su centro de irradiación cultural plantado allá en el suroeste de Asia o en el noreste de África, los difusionistas lanzan a sus huestes, vectores, según ellos, de las ideas básicas de la civilización superior, a lo largo de un complicado derrotero que, partiendo desde el punto señalado, las lleva a través de la India, de la Península Malaya y de diversas islas de Oceanía o de Australasia hasta nuestras costas occidentales. No se supone, repetimos, que haya sido un solo individuo o aun un solo grupo de individuos que realizó esta hazaña maravillosa. Más bien habríamos de imaginarnos a diversos equipos de corredores pasándose unos a otros la tea de la ci-

¹ Elliot Smith, Malinowski, Spinden, Goldenweiser: *Culture; a Symposium*. Londres, 1928.

vilización en el curso de una carrera que pudo durar varios milenios.

No es esta la primera vez que en una forma u otra los difusionistas o sus antecesores lanzan sus columnas al asalto. Durante largos años insistieron en enviarnos, encabezando a una de éstas, ni más ni menos que al apóstol Santo Tomás, quien con su larga barba blanca y revestido de una especie de dalmática ornada de cruces, hubo de cruzar el océano para predicar a los toltecas y convertirse, con el tiempo, en Quetzalcoatl. Nadie, por otra parte, se habrá olvidado de esa supuesta invasión de semitas—una de las tribus perdidas de Israel—, los cuales, valiéndose de la misteriosa Atlántida, según se nos dice señalada en el *Timeo* de Platón, atravesaron desde el continente africano para desparramarse sobre el nuestro. Periódicamente, y hasta fechas recientes, determinado viajero chino, generalmente perteneciente a la carrera diplomática, ha manifestado solemnemente que cierta inscripción aborigen se halla concebida en uno de los idiomas que antiguamente se hablaban en el Celeste Imperio. Del parecido entre ciertos motivos que aparecen en la arquitectura maya y la trompa del elefante algún difusionista connotado, recordando que no existen elefantes en América, ha creído sacar una serie de conclusiones de incalculable trascendencia.

Relegados todos esos mitos y fantasías al sitio que les corresponde, reconozcamos sin embargo, que aun casi antes de comenzar a discutir la cuestión sobre un terreno más estrechamente científico, nos será probablemente necesario conceder una importante victoria a los difusionistas. El hombre—todos están de acorde en reconocerlo—no es originario de América. Todo el largo proceso de la evolución humana debe haberse efectuado en otro sitio ya que en restos que acusen dicha evolución nuestro continente ha resultado absolutamente estéril. Y si el hombre vino de fuera hay que buscarle alguna puerta de entrada.

Resulta, en primer lugar, conve-

niente volver los ojos hacia el noreste de nuestro continente, que aún ahora sólo se halla separado de la península de Escandinavia por una serie de mares que, en el verano y divididos entre sí por tierras intermediarias, no debieron presentar un obstáculo insuperable a un navegante, como ya en tiempos históricos no lo presentaron a los colonizadores de Islandia y de Groenlandia (que son las estaciones de tránsito a que nos referimos) ni aun a Eric el Rojo, y a sus compañeros, verdaderos descubridores, entre los europeos modernos, de la tierra-firme americana. La ruta Noruega—Labrador no puede, por lo tanto, descalificarse tan a la ligera, especialmente si se toma en cuenta que en otros tiempos existió en Europa una raza paleolítica correspondiente al magdaleniano—la raza de Chancelade—osteológica y culturalmente muy parecida a los esquimales modernos.

¿Bastan sin embargo estas semejanzas tan grandes para establecer sobre bases de seguridad absoluta una posible colonización de América por esa ruta? Del lado americano no puede discutirse que anteriormente los esquimales se extendían más hacia el este de lo que ocurre ahora, ya que ocupaban las costas orientales de Groenlandia y los litorales frente a Tierra Nueva, que baña el estrecho de Belle Isle. Pero del otro lado del Atlántico no han logrado hallarse estaciones del magdaleniano arriba de Creswell, Inglaterra. Esto no deja de resultar verdaderamente sensible, pues en torno de la llegada a América de grupos humanos de esa época se han formulado teorías que dejarían explicadas algunas de las diferencias que existen entre diversos pueblos americanos. Pero faltos de indicios de su paso no tenemos más remedio que sujetarlo a todo género de dudas, a menos que descartemos la travesía trasatlántica y se acepte la hipótesis de que esas tribus proto-esquimales, en vez de llegar por el noreste, re-

corrieron todo el continente asiático y llegaron a América desde ahí.

Es esa la ruta que ahora se nos presenta, o sea ya a través del estrecho de Bering, ya valiéndose de tierras hoy sumergidas que yacían al sur de dicho estrecho, y ofrece muchos más elementos de certeza; aún antidifusionistas como Spinden la han aceptado. Seguramente no nos saldremos de los límites de la prudencia si aseveramos que una serie de invasiones mongoloides por ese camino puede considerarse hoy día como un hecho comprobado.

Siguiendo las costas del Pacífico hacia el sur, los difusionistas señalan varios posibles puntos de desembarco para grupos de aventureros bronceados, en esta ocasión llegados de las islas del Pacífico o del continente australiano. Tales puntos son la Baja California, el Perú y la Patagonia, y señálanse, entre otros argumentos, cierto parecido entre las ruinas mayas y las de la Península Malaya, así como semejanzas lingüísticas entre algunos idiomas de las islas del Pacífico (y más allá todavía) y determinados idiomas americanos. De comprobarse esas relaciones, y a pesar de las distancias tan grandes que existen entre los litorales de América y las islas más cercanas, habría que conceder que los difusionistas han ganado un punto importante.

Pero aún admitiendo diversas inmigraciones de grupos humanos a América, como todos en cierto grado las admiten, queda por establecerse en qué estado cultural se hallaban los invasores al llegar a nuestras costas y cuáles fueron las ideas que importaron consigo. Existe también aquí una gran divergencia entre ambas escuelas: los antidifusionistas, de la misma manera que reducen las puertas de entrada a América a un *mínimum absoluto*, suponen que los inmigrantes vinieron en estados de cultura muy rudimentarios, pobres pescadores o cazadores incapaces de domeñar a las fuerzas de la naturaleza para hacerlas servir a sus propios usos. Sus con-

trarios, en cambio, con su insistencia en la translación, de Asia a Europa, de tipos arquitectónicos y otras características de una cultura bastante elevada, se ven obligados a considerarlos como gente ya muy adelantada en el camino de la civilización.

Por lo que toca al campo arqueológico que presenta América antes de que haga su aparición la civilización superior, debe confesarse que es muy distinto al que nos ofrece el Viejo Mundo, tan rico en yacimientos de restos humanos y de útiles e implementos de diversas clases. Spinden cree que el hombre debió haber entrado a América a principios del neolítico, ignorando todavía el arte de la agricultura. Supone que su llegada ha de haber ocurrido hace por lo menos unos 16,000 años, o sea cuando se lo permitió la recesión de los hielos que antes hubieron de extenderse sobre el noreste de Siberia y el noroeste del Canadá. Diez mil años más debieron transcurrir, según él, entre esa fecha y los primeros indicios que tenemos acerca de la implantación de la agricultura. De tal manera, sin embargo, resulta deficiente y discutible nuestra documentación arqueológica y antropológica sobre ese primer período, que no es extraño que algún difusionista haya comparado la civilización americana a la diosa Palas, saltando ya completamente armada de la cabeza de Zeus.

Spinden, defensor del descubrimiento de la agricultura en varios lugares distintos, señala dos centros independientes en el Viejo Mundo, y otros dos en el Nuevo, donde, según él, hubo de registrarse ese fenómeno, y sostiene que además existieron diversos focos secundarios. Las cuatro grandes civilizaciones a que se refiere son la que él atinadamente llama la civilización del trigo, localizada en la Mesopotamia y en el valle del Nilo; la del maíz, originaria de las altiplanicies de la América Central; la del arroz, surgida en el sur de China, la Indonesia y Bengala, y por último, la del cazave, vinculada con los mayas. Como él advierte, una de estas civilizaciones

corresponde, en cada hemisferio, a un medio árido o semiárido, y la otra, a un clima que se caracteriza por su humedad.

Aparte de su simétrica belleza, difícilmente podría encontrarse una explicación que presente tantos elementos de verosimilitud científica. Advertimos de paso que los polinesios o australianos quedarían descalificados como importadores de la civilización superior a América, si, como se ha aseverado, las islas Hawaii no recibieron seres humanos hasta el año de 650 d. J. C., y Nueva Zelandia doscientos años después, ya que la civilización americana se remonta, naturalmente, a fechas muy anteriores; por lo tanto, la aportación a nuestro continente a través del Pacífico central y meridional quedaría, de acuerdo con esos datos y en caso de comprobarse las conexiones lingüísticas ya citadas, reducida a la llegada, posterior a la primera de esas fechas, de grupos humanos sin gran trascendencia para el desarrollo de la cultura americana.

De todas las teorías presentadas, la de Spinden, por lo tanto, parece la más razonable: colonización de América por el noroeste, llevada a cabo por grupos de raza mixta, pero de carácter mongoloide, que se extendieron en diversas ondas migratorias sobre todo el continente. Algunos de estos grupos descubrieron el arte de la agricultura, escalón necesario para la civilización superior. Concedamos, sin embargo, a los difusionistas la posibilidad—la remota posibilidad—de que ciertos otros grupos, de escaso significativo cultural, se hayan también infiltrado por diversos rumbos. Pero lo último queda aún por demostrarse, y entre tanto, la batalla del difusionismo seguirá consistiendo en una serie de combates parciales.

HETITAS Y AQUEOS EN LOS SIGLOS PREHOMERICOS

Las identificaciones de Forrer, aunque ya lanzadas a la publicidad hace varios años, siguen despertando el in-

terés que posee todo lo que se relaciona con los orígenes de la civilización griega. Cuestión abstrusa que, aunque parcialmente despejada debido al descubrimiento, todavía relativamente reciente, de la otra civilización que antes que ella floreció en Creta y sobre los litorales del Mediterráneo oriental, aun presenta problemas de importancia fundamental y de complejidad casi infinita. He aquí, sin embargo, que desde hace poco tiempo, y gracias a los archivos hetitas hallados entre las ruinas de la antigua capital de ese pueblo, un nuevo rayo de luz se abre paso entre las tinieblas e ilumina toda una serie de acontecimientos sobre los cuales aun las investigaciones de Evans y de sus colegas nos habían dejado a oscuras.

El redescubrimiento de aquella gran fuerza política y cultural que durante muchos años fue el Imperio Hetita es otra de las conquistas efectuadas en gran parte por la arqueología. Ya desde hace más de una generación los trabajos de Sayce, Perrot y otros habían señalado la importancia histórica del pueblo hetita, y sobre todo, de esa cultura hetita tan rica en monumentos y cuya influencia se extendió hasta Micenas, en el Peloponeso. Pero no fue sino en 1907 que, gracias a las excavaciones practicadas por Winckler en el poblado moderno de Boghaz Keui, sito sobre las ruinas de la antigua capital, fue posible sacar otra vez a la luz del día las tablillas que constituían el real archivo, y se vio la posibilidad de llenar ya con datos exactos lo que hasta entonces venía resultando un verdadero hueco en la historia.¹

Aunque ya desde 2750 a. J. C. encontrábase el *hinterland* del Asia Menor ocupado por diversas ciudades independientes, no fue hasta cerca del año 2000 que aparecen muchas de éstas agrupadas en un solo estado, con su capital en Khatti o Hattusas, y lo suficientemente poderoso para adueñarse

¹ Entre los libros recientes sobre los hetitas debe señalarse, por constituir un excelente resumen, la obra del profesor Garstang: *The Hittite Empire*, Londres, 1929.

de Aleppo y penetrar hasta Babilonia, donde quedó derrocada la dinastía reinante. En tiempos en que el centro de gravedad de esa parte del mundo se hallaba, ya en Egipto, ya en Mesopotamia, el reino de Khatti, ocupando, como se ha dicho, la meseta central del Asia Menor, y asomándose sobre Siria desde los macizos montañosos que la limitan hacia el norte, pudo organizarse políticamente bajo una administración centralizada y desarrollar a la vez una cultura que, aunque bajo la influencia de las de Mesopotamia, no por eso dejó de tener un carácter enteramente suyo.

Bajo Subbiluliuma (circa 1400), que absorbe el reino de Mitanni entre el Tigris y el Eufrates y avanza hasta las regiones centrales de Siria, el imperio se acerca a su máximo de expansión y de poderío, y ahora todos o casi todos los pueblos del Asia Menor son vasallos suyos o por lo menos sus aliados.

En Khatti se hablaban diversas lenguas; tocó a Hrozny, en plena guerra mundial, demostrar que una de éstas —el *nasili*, o sea la “lengua nuestra”—es de innegable estirpe indoeuropea. Basta citar el pronombre *kuis* y el verbo *esmi* (yo soy): las afinidades resaltan sobre todo en las declinaciones y conjugaciones y se relacionan más bien con los idiomas del grupo *kentum*, que, como es sabido, incluye el latín, el griego y las lenguas protogermánicas.

El Imperio Hetita, al extenderse desde la planicie central hasta los litorales del Asia Menor, fue, naturalmente, englobando pueblos que después habían de intervenir en la historia de Grecia, y al ensancharse en esa dirección, no tardó en entrar en contacto con las avanzadas de los grandes movimientos migratorios que ya se desprendían del otro lado del Egeo. No hay duda que la colonización griega del Asia Menor debe haber pasado por una etapa muy semejante a la que caracterizó, por ejemplo, las invasiones anglo-sajonas de Inglaterra, o sea una etapa primitiva de piraterías, de des-censos sobre puntos determinados de

la costa, sucedida después por otra etapa de franca acción colonizadora durante la cual los aventureros, posesionándose definitivamente de las tierras, se establecieron en ellas ya en forma sedentaria.

Coincide aproximadamente el reinado de Subbiluliuma, a que ya nos referimos, con la destrucción del palacio de Knossos, en Creta, y el derrumbamiento de la talasocracia minoica ejercida por dicha isla. En el Peloponeso sube el poder de Micenas. Durante el período que se inicia, Egipto y el Imperio Hetita, aunque disputándose Siria, siguen más o menos incommovibles, y su historia, apoyada en documentos escritos, no presenta en sus grandes lineamientos serias dificultades. No así, en cambio, la de un número crecido de pueblos menos importantes, que, en medio de los disturbios y los desplazamientos humanos que caracterizan la época en todos los litorales del Egeo y las regiones vecinas, conocíamos casi exclusivamente debido a sus relaciones con la primera de las naciones citadas; *luga* o licios; *pulesalha* o filisteos; *tursha*, o sean los probables antepasados de los etruscos, después establecidos en Italia; *shardina*, sardos que hubieron de emigrar a Cerdeña, y aun *danauna* y *akai-washa*, que son los danaos y aqueos. Todos figuran a veces como mercenarios; a veces como corsarios o aventureros, obrando por cuenta propia, pero lo cierto es que durante los doscientos años que dura este período de gran turbulencia, o sea entre la destrucción de Knossos y la caída de la sexta ciudad de Troya—la Troya de Homero—, adviértese ya un poder aqueo y por primera vez, gracias a las tablillas del real archivo hetita, oímos sonar nombres de personajes casi indiscutiblemente griegos.

Estas identificaciones, descubiertas y difundidas hace algunos años por el doctor Forrer¹ y aceptadas por autoridades como Myres, han venido dando lugar a todo género de discusiones

¹ En el *Mitteilungen der deutschen Orient-Gesellschaft*: 63 (1924).

entre los eruditos. No sería posible aducir en este sitio todos los argumentos que se han ofrecido en favor y en contra. Veamos, sin embargo, cuáles son dichas alusiones.¹

Por el año de 1335, a. J. C., según las tablillas de referencia, el rey hetita Mursil ayuda a cierto rey de Akhhiyawa llamado Antarawas, aparentemente vasallo suyo, a reducir a unos rebeldes en un distrito que casi seguramente debe colocarse en Pamfilia, aunque en el tratado respectivo se habla del dios de Laasba, nombre que nos hace pensar en Lesbos. Unos doce años más tarde se dirige a Mursil, pidiendo la confirmación de su título, otro rey de Akhhiyawa, en esta ocasión un tal Tagawalawas el Ayawalas, hijo y sucesor, según parece, del rey anterior Antarawas.

De acuerdo con las identificaciones propuestas, por Akhhiyawa debemos entender Aquea, Antarawas es Andreus y Tagawalawas el Ayawalas, Eteocles el Eolio. Las identificaciones adquieren mayor fuerza si se tienen presentes las formas primitivas de estos nombres, provistos como se hallaban de digamas que posteriormente es perdieron. Eteocles, por ejemplo, fue en un principio *Ἐτεφοκλέης* cosa que lo trae, naturalmente, aun mas cerca de la forma hetita "Tagawalawas".

La identificación no deja, por lo tanto, de ser seductora, y se hace más seductora todavía si la relacionamos con una antigua tradición transmitida por Pausanias,¹ que nos habla precisamente de un Andreus, hijo, según la leyenda, del río Peneius en Tesalia, y de un Eteocles, hijo de Andreus.

¹ El lector encontrará una excelente reconstrucción de toda la historia de esta época en el libro de Burn, *Minoans, Philistines and Greeks*, que forma parte de la edición inglesa de la *Bibliothèque de Synthèse Historique*, publicada en Francia bajo la dirección de Berr. Bajo una apariencia un tanto frívola y superficial, Burn presenta los acontecimientos en orden cronológico y su obra constituye una magnífica introducción para el estudio de la materia. Cf. también Bosch Gimpera, *Historia de Oriente*, 1927. T. I.

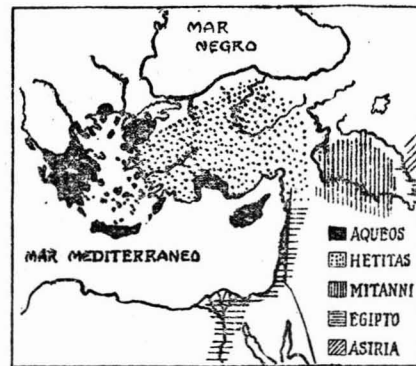
El origen tesálico de la estirpe concuerda perfectamente con el epíteto de "eolio" que se da en el documento hetita a Eteocles, y lo mismo puede decirse acerca del título de reyes de Aquea que se otorga a ambos, ya que las asociaciones entre Tesalia y los aqueos son demasiado numerosas para que haya necesidad de insistir sobre ellas. Por otra parte, Myres señala que la genealogía consignada por Pausanias, reconstruída cronológicamente, nos llevaría muy cerca de la fecha indicada por los documentos hetitas, o sea a la segunda mitad del décimo cuarto milenio. La tradición griega y las tablillas hetitas parecen, por lo tanto, confirmarse.²

Pero no del todo. Los héroes de Pausanias, a pesar del origen tesálico de Andrus, figuran como fundadores de Orcómenos, ciudad también en Grecia, aunque más al sur, si bien se encuentra a distancia relativamente corta de Tesalia, y no hay en tal virtud dificultad que vencer por el momento. Pero el caso es que los acontecimientos a que se refiere el escriba hetita no ocurren ni siquiera en Grecia, sino en las costas meridionales del Asia Menor, en Pamfilia. ¿Qué tuvieron, en consecuencia, que ver los señores de Orcómenos, en Grecia, con ese rincón del Asia? El problema parece, a primera vista, difícil de solucionarse.

Existe, sin embargo, una explicación: sin duda ya para esas fechas había principiado ese movimiento de colonización a que antes nos referimos y que con el tiempo hizo que los pueblos de Grecia se extendieran sobre casi todos los litorales del Asia Menor; y por lo tanto, no sería inverosímil que los señores de Orcómenos lo fueran también de una colonia ya establecida en Pamfilia. Señalemos de paso que posteriormente, y ya en tiempos históricos, se hablaba en ese distrito un dialecto griego más primitivo que en cualquier parte del litoral del Asia Menor; y en Chipre, que yace relativa-

1 Toda la cuestión de las genealogías helénicas es estudiada muy cuidadosamente por Myres en *Who were the Greeks?* Berkeley, 1930.

mente cerca, diversas supervivencias terminológicas de tiempos muy tempranos también nos hablan de una antigua colonización aquea.¹ Por lo tanto, aunque no aceptemos al pie de la letra la identificación propuesta por Forrer, creo que debemos reconocer como un hecho indiscutible que en la fecha indicada ya existía un poderío aqueo y comenzaban a influir determinados jefes aqueos en los destinos de las costas meridionales del Asia Menor.



EL CERCANO ORIENTE: 1500-1200 A.J.C.
(SEGUN MYRES)

Unos quince años después (1310) los documentos hetitas nos hablan de un tal Alaksandus de Uilosa, o sea, según algunos, Alejandro de Ialysos, el Ielusos homérico en Rodas. Esta identificación ha sido impugnada entre otros por Hall,² que de la misma manera que se rehusa a creer que el nombre Eteocles haya podido perder su sílaba inicial para convertirse en Tagawalawas, tampoco admite, en este caso, la pérdida de la r.

Por más de dos generaciones no oímos hablar ya más de posibles jefes aqueos. Pero desde 1250 en adelante

1 En ese caso habría que suponer a Andrus y a Eteocles como señores independientes de Orcómenos, en Grecia, y vasallos del rey hetita por lo que toca a sus tierras en Asia. Ofrecemos el plano adjunto, que está inspirado en el de Myres, *op. cit.*, p. 114, bajo esa y otras importantes reservas.

2 *The Civilization of Greece in the Bronze Age*, Londres, 1928, p. 251.

hay diversas alusiones a las hazañas de cierto personaje llamado Attarassiyas, o Attarsiyas, jefe que arroja de su trono al rey Wadduwattas, a quien a su vez presta auxilio el monarca hetita Dudkhaliyas III. Desde luego, este Attarassiyas debe haber sido una persona importante, ya que el rey de Aquea figura al lado de los reyes de Egipto, Asiria y Babilonia en un tratado hecho poco después con el rey de los Amoritas. En 1240, Attarassiyas lleva a cabo otro ataque, sin éxito, en Caria; y más tarde lo hallamos de nuevo, en esta ocasión operando con un compañero contra Chipre. El título que le dan los documentos hetitas es el de *kuirvanas*, el *κοίρων* homérico, o sea en dorio *τίραννος*, tirano; y se le ha identificado con Atreo. Myres, apoyándose en las genealogías, señala que existiría concordancia en las fechas. Sayce, en cambio, prefiere identificarlo con Pterseus, el "destructor", o sea el legendario Perseo, tan ligado en algunas de sus hazañas con el Levante.

Poco después, o sea antes de 1200, nuestros informes cesan por completo. Una invasión tracofrigia a través del Bósforo, coincidiendo con la caída de la ciudad homérica de Troya, acaba con el poderío hetita, que se ve expulsado hacia el sur y reducido a dos distritos, en los cuales habrá de florecer todavía durante algún tiempo. Khatti es destruida por el invasor, y deberán pasar más de treinta siglos antes que la pala del arqueólogo, removiendo los escombros del palacio, descubra las tablillas reveladoras. Para volver a oír hablar de los aqueos tendremos que recurrir a las páginas de Homero.

LA ESCRITURA MINOICA Y SUS ENIGMAS

Todo lo que se relaciona con la asombrosa civilización que floreció en Creta y las regiones circunvecinas durante el tercer y el segundo milenio antes de Cristo adquiere un interés adicional cuando se recuerda que es ahí que hemos de hallar muchas de las más

hondas raíces de la cultura occidental. Pero por íntimo que sea nuestro conocimiento de la vida cretense en diversos aspectos, Minos todavía se obstina en conservar numerosos secretos que ni aun los esfuerzos de hombres de la talla de Evans le han logrado arrancar. Y el más importante de todos lo constituye, sin duda alguna, la escritura cretense o minoica, en cuya interpretación hasta hoy tan poco se ha podido conseguir.

El material no falta. Ya desde 2500 a. J. C. comienzan a hacer su aparición en la isla algunos signos pictográficos, y tres siglos más tarde nos encontramos con todo un sistema de escritura sobre tablillas. Hall¹ sugiere que esta última idea debe ser una importación babilónica llevada, según él, por colonos semitas, aunque los signos en su gran mayoría han de considerarse autóctonos, y los restantes más bien se



FIG. 1.—BARRA INSCRITA: ESCRITURA CURSIVA MINOICA (ENTRE 1900 Y 1750 A J C)

relacionan con Egipto. Lo cierto es que la evolución de la escritura se verifica, como advierte Glotz,² en forma semejante a aquella que condujo a los escribas egipcios desde la escritura jeroglífica a la hierática. De la misma manera que existen—aparte de las tablillas, cubos y otros objetos de barro—un gran número de sellos también provistos de inscripciones, hay igualmente varios tipos de escritura. Sin duda lo más interesante de toda esta documentación son las tablillas halladas entre las ruinas del palacio de Knossos. Este edificio, el "laberinto" de la tradición y asiento prin-

¹ *The Civilization of Greece in the Bronze Age*, p. 93. Para el estudio de toda esta materia la obra indispensable es la de Evans: *Scripta Minoa*.

² *La Civilisation Egéenne*, p. 422.

cial del poderío cretense, fue destruido por el fuego hacia 1400, durante el saqueo llevado a cabo por los mismos invasores, que parecen haber acabado con la tesalocracia minoica. Gracias a esta circunstancia, las tablillas, convertidas por el fuego en ladrillos, han podido subsistir hasta nuestros días.

No es de suponerse que el real archivo de Knossos pueda brindarnos un acopio de datos tan interesantes para la reconstrucción de la época como los de Boghaz Keui y Tell-Amarna: todo ello, más bien, parece



FIG. II--TABLILLA MINOICA DE KNOSOS
(FRAGMENTO)

referirse a detalles de la administración palatina: esclavos, mercancías, servicios prestados. Pero ignorando, como ignoramos, el valor de casi todos los signos y la lengua que ahí se hablaba en esos tiempos, la escritura minoica, fuera de determinados signos, como los numerales, sigue presentando un problema que, a falta de una inscripción bilingüe que nos permita establecer equivalencias con otro idioma conocido, ha resultado imposible resolver. Sin embargo, como aun en el caso de que los documentos no nos proporcionasen más que nimios detalles sobre la vida cotidiana de esa época, esto ya de por sí resultaría una conquista trascendental, no es extraño que la escritura minoica constituya actualmente uno de los misterios arqueológicos que en estos momentos ejerza mayor atracción.

Dos libros recientes, partiendo de premisas totalmente diferentes y lle-

gando a resultados diametralmente opuestos, nos brindan lo que sus respectivos autores no vacilan en asegurarnos es la verdadera solución. No se necesita ciertamente gran conocimiento de la materia para recibir con cautela estas aseveraciones, pero ambas obras, a pesar de hallarse seguramente equivocadas en sus resultados, merecen, aunque sólo sea por su brillante metodología y por el trabajo de larga y erudita investigación que presuponen, un serio esfuerzo de comprensión.

Estudiemos, antes de proceder más adelante, algunos antecedentes indispensables. La situación lingüística en Creta y en los litorales del Egeo hacia 1400 resulta, desgraciadamente, muy oscura. Lo cierto es que antes de la llegada al Mediterráneo de grupos de habla indoeuropea, de cuya fusión con los habitantes primitivos hubo posteriormente de surgir el idioma griego, hallábase desde hace muchos siglos extendida en toda esa zona una lengua, o grupo de lenguas, de las cuales nos han quedado abundantes trazas, especialmente en la toponimia y en la designación de una multitud de objetos hasta entonces desconocidos por los invasores. El fenómeno no es extraño; los nombres de lugares generalmente resisten todo género de tormentas: díganlo si no "Tacubaya" y "Mixcoac" y "Tlalnepantla" y una gran parte de la toponimia mexicana. El invasor toma los nombres que encuentra, y por idéntico motivo lo mismo puede decirse de los substantivos que se refieren a objetos para los cuales carece de palabras en su propio idioma: "tomate", "chocolate" y los demás en el caso de los españoles. Gracias a esa circunstancia, la lingüística nos permite a menudo ver con alguna claridad cuando nos fallan todas las otras ciencias históricas: la localización de la patria primitiva de los llamados arios, o indo-europeos, por ejemplo, resultaría una empresa que ni siquiera podría intentarse sin la ayuda del filólogo.

Ahora bien, a ese lenguaje prehelénico y por medio de ciertas características perfectamente establecidas (como

lo son las terminaciones en -nthos y en-sos) pueden con seguridad atribuírsele múltiples nombres de lugares y otros sustantivos, algunos de los cuales siguen empleándose hoy día: Corinto (Κόρινθος), Knossos, Erimanto, acanto, coloso, abismo, laberinto, etc.¹ A juzgar por la toponimia, el idioma debió abarcar no sólo la región del Egeo sino hasta Sicilia y aun más allá todavía. Pero desgraciadamente, un número más o menos grande de sustantivos, cuyo significado sólo en parte conocemos, no constituyen una lengua, ni ha resultado tampoco factible en este caso ligarlos con los documentos minoicos. Nada, por lo tanto, se ha logrado adelantar en su interpretación por ese camino. En realidad, ni siquiera podemos asegurar categóricamente que se hallen escritos en dicho idioma.

Esta última aseveración corresponde a una circunstancia muy sencilla. Ignoramos cuándo se llevó a cabo la penetración de los grupos indoeuropeos a Creta. Lo más fácil, y seguramente lo más probable, sería pensar que esto ocurrió precisamente cuando cayó la ciudad de Knossos, y que los que la tomaron fueron los propios indoeuropeos, o por lo menos los portadores del habla indoeuropea a la isla. De seguro el hecho que exista cierta solución de continuidad en la escritura minoica desde tiempos anteriores a los primeros desplazamientos probables de los indoeuropeos, parece no sólo indicar idéntica continuidad en el idioma de Creta, sino excluir la posibilidad de penetración alguna de carácter indoeuropeo durante el mismo lapso de tiempo; aunque por otro lado, podría aducirse que nada se opondría a que la misma escritura haya servido para idiomas diversos, como ocurrió posteriormente en Chipre. Ciertamente hay señales evidentes de otra catástrofe anterior en Creta, hacia 1750, pero se ha dudado mucho que ésta haya sido producida por una invasión. Mucho, por lo tanto, es lo que podría discutirse; pero, des-

pués de todo, la cosa parece clara y creemos que puede afirmarse, casi sin peligro de equivocación, que el indoeuropeo no penetró a Creta, en forma sensible, hasta la destrucción de Knossos hacia 1400, y que anteriormente se habló en la isla ese otro idioma a que ya hicimos alusión.

No pensó, sin embargo, así el primero de los dos autores a que nos hemos referido. Ya anteriormente había dado cierta publicidad a sus teorías, pero éstas no han aparecido ordenadas y recopiladas hasta últimamente, o sea bastante después de su muerte.¹ De todas maneras, el sistema de interpretación de Hempl descansa sobre dos hipótesis fundamentales. Según él, la penetración indoeuropea a Creta es muy antigua: los indoeuropeos hubieron de emigrar, primero del centro de Europa al Turquestán, y luego otra vez del Turquestán hacia el Mediterráneo (convirtiéndose, durante su paso por el Asia Menor, en hetitas) en una época muy remota. Después llegaron a Creta; por lo tanto, las tablillas que se trata de descifrar están en griego. Hempl desarrolla toda esta parte de su hipótesis, por fantástica que parezca, junto con una serie de observaciones sobre toponimia que no dejan de resultar en extremo sugestivas. Notemos, por otra parte, el carácter netamente indoeuropeo del hetita, que ha quedado comprobado.

La segunda parte de la teoría de Hempl es igualmente curiosa. Sostiene que la escritura minoica es de carácter acrofónico, es decir, que sólo debe tomarse en consideración la primera sílaba de la palabra que corresponde al signo respectivo, para después unir todas estas sílabas y reconstruir así la voz que se requiere. Tomemos, para explicarnos mejor, una palabra española: *almirante*. Para expresarla en ideogramas acrofónicos habríamos de dibujar un *alcázar*, un *mirlo*, una *anguila*, y una *telaraña*. Mediante la

¹ Cf. Meillet, *Aperçu d'une Histoire de la Langue Grecque*, Paris, 1930. y Glotz, *op. cit.*

¹ Hempl, *Mediterranean Studies*, Stanford University, 1930.

aplicación de ese sistema. Hempl llega a interpretaciones como la siguiente:



FIG. III--SELLO DE TRES CARAS

Puerta: Pierna: Araña: Perro:
tu- pos- ar- ku-

Τυπος ἄρχον
Sello del Jefe.

Por los motivos cronológicos aducidos, y muchos otros más, no bastan los pocos ejemplos presentados por Hempl para vencer nuestro escepticismo.

La tesis del otro autor, Gordon,¹ resulta no menos extraordinaria. Sostiene que en el mundo egeo, antes de

¹ *Through Basque to Minoan*. Oxford, 1931.

la llegada de los indoeuropeos, se hablaba el vascuence, y también, de acuerdo con esa teoría, ofrece algunas soluciones sorprendentes, aunque inverosímiles. El vascuence es, sin duda, un idioma con un abolengo probablemente insuperado actualmente en Europa, habiéndose llegado a sospechar que esta lengua, en otros tiempos tan extendida, fue la de los hombres del Cromagnon, el *homo priscus* del paleolítico, cuyos descendientes, hoy de habla francesa, aun habitan, conforme a algunos, sus centros primitivos en la Dordogne. Pero en caso de que, efectivamente, se hubiese hablado el vascuence en el Mediterráneo oriental, ¿cómo es que no ha dejado huella alguna ni en el griego clásico ni aun en la toponimia de toda esa región?

Confesemos que, por el momento, el problema de la escritura minoica no lleva trazas de solucionarse.